



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XVII

Nº 14

15.01.2023

DOMINGO DE LA 2ª SEMANA DEL T. ORDINARIO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro de Isaías (Is 49, 3. 5-6)
Salmo Responsorial	Salmo 39 (Sal 39, 2 y 4b. 7-8a. 8b-9. 10)
2ª Lectura	De la 1ª carta de San Pablo a los Corintios (1Cor 1, 1-3)

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN JUAN (JN 1, 29-34):

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: **“Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”**. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel».

Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: **“Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo”**.

Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que Éste es el Hijo de Dios».

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

... Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo...



Jesús, Él mismo era el Cordero esperado, el verdadero, como lo había anunciado Juan Bautista al inicio del ministerio público de Jesús: **“He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”** (Jn 1,29).

Y Él mismo es el verdadero templo, el templo vivo, en el que habita Dios, y en el que nosotros podemos encontrarnos con Dios y adorarlo. Su sangre, el amor de Aquel que es al mismo tiempo Hijo de Dios y verdadero hombre, uno de nosotros, esa sangre sí puede salvar. Su amor, el amor con el que Él se entrega libremente por nosotros, es lo que nos salva.

El gesto nostálgico, en cierto sentido sin eficacia, de la inmolación del cordero inocente e inmaculado encontró respuesta en Aquel que se convirtió para nosotros al mismo tiempo en Cordero y Templo.

La Formación Litúrgica del Pueblo de Dios

Carta «*Desiderio Desideravi*» del Santo Padre Francisco

Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar (Lc 22, 15). (6)

(“Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer”). (Continúa la Carta del Santo Padre):

7. La necesidad de una seria y vital formación litúrgica

Ésta es, pues, la cuestión fundamental: **¿cómo recuperar la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica?** La reforma del Concilio tiene este objetivo. El reto es muy exigente, porque el hombre moderno – no en todas las culturas del mismo modo – ha perdido la capacidad de confrontarse con la acción simbólica, que es una característica esencial del acto litúrgico. La posmodernidad – en la que el hombre se siente aún más perdido, sin referencias de ningún tipo, desprovisto de valores, porque se han vuelto indiferentes, huérfano de todo, en una fragmentación en la que parece imposible un horizonte de sentido – sigue cargando con la pesada herencia que nos dejó la época anterior, hecha de individualismo y subjetivismo, así como por un espiritualismo abstracto que contradice la naturaleza misma del hombre, espíritu encarnado y, por tanto, en sí mismo capaz de acción y comprensión simbólica.



La Iglesia reunida en el Concilio ha querido confrontarse con la realidad de la modernidad, reafirmando su conciencia de ser sacramento de Cristo, luz de las gentes (***Lumen Gentium***), poniéndose a la escucha atenta de la palabra de Dios (***Verbum Dei***) y reconociendo como propios los gozos y las esperanzas (***Gaudium et Spes***) de los hombres de hoy. Las grandes Constituciones conciliares son inseparables, y no es casualidad que esta única gran reflexión del Concilio Ecuménico – la más alta expresión de la sinodalidad de la Iglesia, de cuya riqueza estoy llamado a ser, con todos vosotros, custodio – haya partido de la Liturgia (***Sacrosanctum Concilium***).

Concluyendo la segunda sesión del Concilio (4 de diciembre de 1963), san Pablo VI se expresaba así:

«Por lo demás, no ha quedado sin fruto la ardua e intrincada discusión, puesto que uno de los temas, el primero que fue examinado, y en un cierto sentido el primero también por la excelencia intrínseca y por su importancia para la vida de la Iglesia, el de la sagrada Liturgia, ha sido terminado y es hoy promulgado por Nos solemnemente. Nuestro espíritu exulta de gozo ante este resultado. Nos rendimos en esto el homenaje conforme a la escala de valores y deberes: Dios en el primer puesto; la oración, nuestra primera obligación; la Liturgia, la primera fuente de la vida divina que se nos comunica, la primera escuela de nuestra vida espiritual, el primer don que podemos hacer al pueblo cristiano, que con nosotros cree y ora, y la primera invitación al mundo para que desate en oración dichosa y veraz su lengua muda y sienta el inefable poder regenerador de cantar con nosotros las alabanzas divinas y las esperanzas humanas, por Cristo Señor en el Espíritu Santo».

En esta carta no puedo detenerme en la riqueza de cada una de las expresiones, que dejo a vuestra meditación. Si la Liturgia es “la cumbre a la cual tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (***Sacrosanctum Concilium***), comprendemos bien lo que está en juego en la cuestión litúrgica. Sería banal leer las tensiones, desgraciadamente presentes en torno a la celebración, como una simple divergencia entre diferentes sensibilidades sobre una forma ritual. La problemática es, ante todo, eclesiológica. No veo cómo se puede decir que se reconoce la validez del Concilio –aunque me sorprende un poco que un católico pueda presumir de no hacerlo– y no aceptar la reforma litúrgica nacida de la ***Sacrosanctum Concilium***, que expresa la realidad de la Liturgia en íntima conexión con la visión de la Iglesia descrita admirablemente por la ***Lumen Gentium***.

Seguirá en la H.S. de la próxima semana...

Venía de un hogar que por ignorancia creían en el espiritismo. Me enviaron a colegios protestantes, por lo que terminé dentro del mundo anglicano. Luego estuve en los veranos en campamentos montados por la Iglesia Pentecostal, y finalmente, por razones de cortesía, acompañaba a familiares a la Iglesia Nazarena, a la que pertenecían. No es de extrañar que yo llegué a tener una gran confusión mental en relación a las diversas Iglesias cristianas que estaba conociendo.



Durante la década de los 80 me trasladé a Puerto Rico. Allí, viví la experiencia de católicos con sentido de Iglesia y eso me sorprendió y cambió la manera de ver las cosas. Luego, un sacerdote católico, sabiendo que yo no era católico, me invitó a participar de la pascua juvenil para trabajar con jóvenes de su parroquia, invitación que acepté. Sin embargo, cuando empecé a colaborar con esa parroquia católica, observé cosas que no entendía como el amor a María.

Profundicé en el tema y al leer los Evangelios me encontré con textos que me hicieron entender la devoción y amor a María de los católicos. Por ejemplo, al leer el Evangelio de Lucas, los versículos 39 y siguientes:

“En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá». María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación...»”.

Los protestantes que conocía me habían dicho “sólo creemos en la Escritura”, sin embargo, lo que había leído estaba en la Biblia. Claramente Isabel antes del saludo ve a María como su prima hermana. Pero luego de ese saludo se llenó de unción. Isabel recibe el Espíritu Santo que es la tercera persona de la Santísima Trinidad. Entonces pensé: El Espíritu no se puede equivocar, ella fue llena de Él. Así que Isabel no habla de parte de ella misma sino de parte del mismo Dios, para decir que María es madre de Dios. Pues Señor (Kyrios) es un título que solamente se le brinda a Dios. Por otra parte, ya no la ve como antes, no la llama prima sino madre de mi Señor.

Otro aspecto que también consulté en los Evangelios, es la afirmación de mis amigos protestantes de que “No me confesaré con otro hombre igual que yo”. Igual que en el caso de la Virgen, consulté los Evangelios, la Palabra de Dios, y me fijé en Juan 20,21-23, Jesús, después de su resurrección, cuando se aparece a los Apóstoles, dice: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Obviamente les da un poder por delegación y eso está escrito en la Escritura tanto en ‘Reina Valera’ (Biblia protestante) como en ‘Nácar Colunga’ (Biblia católica), o en cualquier otra Biblia tanto católica como evangélica.

Así que cuando me convencí, a base de buscar en la Palabra, decidí en la Pascua de 1984 convertirme al Cristianismo más antiguo, perseguido e histórico. Por lo demás, llevo más de 30 años dando testimonio, con unos 20 libros y varias películas católicas, además de iniciar varios portales en Internet, siempre al servicio de Cristo y de la Iglesia.



LA DIVINIDAD DE JESÚS (14): LA REDENCIÓN

⑥ **En la cruz, Jesús consume su sacrificio:** El "amor hasta el extremo" (Jn 13, 1) es el que confiere su valor de redención y de reparación, de expiación y de satisfacción al sacrificio de Cristo. Nos ha conocido y amado a todos en la ofrenda de su vida. "El amor [...] de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron". Ningún hombre, aunque fuese el más santo, estaba en condiciones de tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por todos. La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todas las personas humanas, y que le constituye Cabeza de toda la humanidad, hace posible su sacrificio redentor por todos.



"Por su sacratísima pasión en el madero de la cruz nos mereció la justificación", enseña el Concilio de Trento subrayando el carácter único del sacrificio de Cristo como "causa de salvación eterna". Y la Iglesia venera la Cruz cantando: "Salve, oh cruz, única esperanza".

⑦ **Nuestra participación en el sacrificio de Cristo:** La Cruz es el único sacrificio de Cristo "único mediador entre Dios y los hombres". Pero, porque en su Persona divina encarnada, "se ha unido en cierto modo con todo hombre", Él "ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida [...] se asocien a este misterio pascual". Él llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" porque Él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas". Él quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios. Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor:

«Esta es la única verdadera escala del paraíso; fuera de la Cruz no hay otra por donde subir al cielo» (Santa Rosa de Lima).

Resumen:

- ① "Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras" (1 Co 15, 3).
- ② Nuestra salvación procede de la iniciativa del amor de Dios hacia nosotros porque "Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 10). "En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo" (2 Co 5, 19).
- ③ Jesús se ofreció libremente por nuestra salvación. Este don lo significa y lo realiza por anticipado durante la última cena: "Este es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros" (Lc 22, 19).
- ④ La redención de Cristo consiste en que Él "ha venido a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20, 28), es decir "a amar a los suyos [...] hasta el extremo" (Jn 13, 1) para que ellos fuesen "rescatados de la conducta necia heredada de sus padres" (1 P 1, 18).
- ⑤ Por su obediencia amorosa a su Padre, "hasta la muerte [...] de cruz" (Flp 2, 8), Jesús cumplió la misión expiatoria (cf. Is 53, 10) del Siervo doliente que "justifica a muchos cargando con las culpas de ellos" (Is 53, 11; cf. Rm 5, 19).